

PRÓLOGO

JULES

Me pregunto si recordaré esta noche como la más vergonzosa de mi vida cuando esté en el lecho de muerte. Aparecer disfrazada en una fiesta —que tu mejor amiga y compañera de piso te ha dicho que era de disfraces— no debería ser vergonzoso. De hecho, si hubiera sido una fiesta de disfraces, estoy segura de que me habrían dado una medalla o al menos me habrían declarado la ganadora del concurso porque he ido a por todas. ¡A por todas! Pero, por desgracia, es una fiesta normal y yo soy la única que va disfrazada.

Estoy haciendo el más espantoso de los ridículos porque, a diferencia de mi compañera de piso, yo no puedo quitarme el sombrero de copa y la chaqueta y, *voilà*, ya no soy la maestra de ceremonias de un circo, solo alguien que va un poco demasiado arreglada. No, ese honor es para Sophia, porque yo ni siquiera llevo un disfraz que me haga parecer sexy, a lo Bridget Jones disfrazada de conejita de *Playboy*. No, no. Yo voy vestida como Mística, de los X-Men, pero no la Mística sexy de la película, sino la versión del cómic: menos sexy pero más auténtica.

Quizá podría haber pasado desapercibida si solo se tratara del vestido blanco —con aberturas hasta los muslos a ambos lados, por supuesto—, los largos guantes blancos y un cinturón de calaveras. Algo así como «Esto no es un disfraz, es que soy así de excéntrica», pero llevo maquillaje azul en toda

la piel. Así que soy azul. Y estoy muy orgullosa del cinturón, porque lo hice yo misma, y, a pesar de que vivo en una ciudad donde se puede encontrar casi de todo, no fue fácil dar con las calaveras de diez centímetros. Pero, como dicen, pedid y os será concedido, sobre todo si pides por internet; concretamente, a través de www.skulldirect.co.uk. Tuve que conseguir los puñeteros adornos en Reino Unido, pero mi cinturón de calaveras no decepciona.

Todo esto es para decir que no solo estoy avergonzada: también estoy cabreada. Todos mis esfuerzos no han servido para nada porque Nueva York no es un lugar para fiestas de disfraces. De hecho, se suponía que esta iba a ser mi primera fiesta de disfraces para adultos, y seré patética, pero estaba emocionada.

Si no fuera por Sophia, habría salido corriendo en cuanto me hubiera dado cuenta de que no era una fiesta de disfraces, pero ha venido para encontrarse con un chico del trabajo, que está convencida de que es el amor de su vida, así que tengo que quedarme.

Me pongo de puntillas para ver si regresa con mi copa o me ha dejado plantada.

Me lo debe.

—¿Pensabas que esto era una fiesta de disfraces? —pregunta una voz masculina con acento británico a mis espaldas.

Me doy la vuelta y tengo que levantar la cabeza para verle la cara a quien me ha hablado. Es un tío con pinta de recién levantado, con un revoltijo de rizos castaños rebeldes que le caen sobre los ojos. Su sonrisa sexy me hace sentir como si ambos compartiéramos una broma privada.

—Perdona, ¿qué decías?

Me señala con la cabeza.

—Vas vestida como la Mística de los cómics. Me gusta el cinturón, es muy auténtico.

Reprimo una sonrisa, impresionada para mis adentros, porque sabe quién se supone que soy.

—Eres un friki de los cómics, ¿eh?

Se encoge de hombros.

—Cuando era más joven estaba obsesionado con Mística.

—Yo también —suspiro.

—Eres la primera chica que conozco a la que le gustan los cómics.

—Mujer. Soy la primera mujer que conoces. Y, de todos modos, te equivocas. —Mi padre se dejó unos cuantos cómics cuando nos abandonó por última vez. Cuando los encontré, los escondí debajo de mi cama y los sacaba de vez en cuando, y Mística fue el único personaje que se me quedó grabado. Era sexy, salvaje y poderosa, todo lo que yo deseaba ser cuando leía aquellos cómics, preguntándome si mi padre se habría dado cuenta de que los había olvidado, si le importaban tan poco esas historias como yo—. ¿Eres uno de esos tíos que dejan el sueldo rastreando y encontrando ediciones raras?

Me sonrío y siento un ruidito metálico en el pecho, como si ese gesto hubiera activado un interruptor en mi interior.

—No, pero suena divertido. —Nuestras miradas se encuentran, y dejo escapar un suspiro, más relajada de lo que he estado desde que he llegado.

—Si esto hubiera sido una fiesta de disfraces, ¿de qué habrías venido? —inquiero.

—Aaah, buena pregunta. —No aparta la vista de mí, y tengo que esforzarme para reprimir un escalofrío—. Quizá de Lobezno. Mística y él fueron amigos una temporada, ¿no?

¿Amigos una temporada? ¿Qué significa eso? Me encojo de hombros.

—No me acuerdo —respondo, aunque sé que Lobezno y Mística no eran amigos, al menos, en los ejemplares que mi padre dejó en casa. Mística no tenía amigos en esos cómics.

—Tal vez podría disfrazarme de Batman —sugiere—. Y hacer un *crossover* —sonríe, y deja ver sus dientes perfectamente blancos y rectos. Sus labios parecen suaves como almohadas, y me parece que una máscara de Batman enmarcaría su boca de maravilla.

No puedo reprimir una carcajada.

—¿Un *crossover*?

—Creo que Batman podría dulcificar a Mística —responde, y yo enarco las cejas.

—¿Dulcificarla?

—Lo único que necesita es alguien que la quiera —dice, y sonrío de nuevo.

—¿Así es como la ves?

—Sí —responde, y uno de sus rizos se desliza sobre su frente, pero, antes de que pueda apartárselo, él mismo se lo echa hacia atrás. Estoy hipnotizada, completamente bajo su hechizo. Ahora mismo soy capaz de creerme cualquier cosa que me diga, y quiero oírlo todo.

—Eres británico... —comento.

—Y me gustas —responde. En mis labios aparece una sonrisa.

—No me conoces —digo sin dejar de sonreír. Quiero gustarte.

—Quiero saber más cosas de ti. —Sus ojos chispean con coquetería, de un modo muy sexy.

Asiento.

—¿Qué quieres saber?

—Tu número —contesta, sacando el teléfono.

—Te conozco desde hace cinco segundos —ríe—. ¿Por qué iba a darte mi número?

—Creo que esto puede ser el comienzo de algo maravilloso y sé que a ti también te lo parece. ¿Por qué no me das tu número?

Tengo claro que sí hay algo, cierta conexión, atracción, química... Pero es muy guapo y seguro de sí mismo... ¿Cuántos números ha conseguido esta noche? Supongo que debe de haber apostado con sus amigos a ver quién se hace con más teléfonos.

—¿Cómo es la vida al otro lado del charco?

—Nací allí, pero llevo en Estados Unidos desde los quince años. Nueva York es mi hogar. —Se calla unos instantes y frunce el ceño por primera vez desde que empezamos a hablar—. Bueno, no solo es mi hogar, también mi destino.

—Vaya. ¿Tu destino? Eso es algo muy poco neoyorquino. Se ríe, y ese sonido me recorre el cuerpo entero.

—Quizá los neoyorquinos no se dan cuenta de lo afortunados que son por nacer en esta ciudad. ¿Tú eres originaria de aquí?

—Crecí en Jersey —respondo—, y aún vivo allí. Tengo que venir todos los días por trabajo. Dime tus tres cosas favoritas de la ciudad.

Inspira hondo, se le hincha el pecho y tengo que reprimirme para no pasarle la mano por encima.

—No sé ni por dónde empezar. ¿Solo puedo decir tres?

—En principio sí.

—Las mañanas, muy temprano. Hay un ambiente diferente y parece una ciudad secreta. La gente habla de Nueva York por la noche: Broadway, los clubes, el Empire State iluminado en colores..., y eso está muy bien, pero para mí Nueva York es mejor por la mañana temprano: me encanta oír el ruido de los camiones de reparto abriendo sus puertas traseras; me gusta salir a correr por Midtown cuando las calles están desiertas e imaginar las decenas de miles de turistas metidos en sus habitaciones en los hoteles que me rodean; me chifla evitar el sol porque los edificios deciden dónde puede brillar.

—Espera, ¿te gusta que los edificios tapen el sol?

—En realidad no lo tapan, pero la arquitectura y la ingeniería hacen que la gente pueda protegerse del calor. Es una ciudad que celebra la innovación y el progreso humanos; te hace saber que incluso en una isla diminuta pueden ocurrir cosas grandes.

—Vaya. Es una opinión interesante.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Te gusta la ciudad?

—Creo que no lo he pensado tanto como tú.

—Hablas como alguien que se ha criado en Jersey —ríe—. La das por sentada porque, aunque es la mejor ciudad del mundo, siempre la has tenido al otro lado del río, tentándote con un millón de oportunidades.

Este tío es tan positivo que es difícil llevarle la contraria. ¿Es así como empiezan los cultos? Ahora mismo le compraría cualquier cosa que quisiera venderme.

—Me gusta la idea de que me tiene con un montón de oportunidades —acepto, y él me sonrío como si estuviera mirando cómo desenvuelvo un regalo de Navidad.

—Hablaba en serio cuando te he dicho que me gustas. Si no vas a darme tu número, ¿aceptas que te dé el mío? Me gustaría mucho salir a cenar contigo y ver si esta química es...

—¿El destino?

—Qué poco neoyorquino sería eso —sonríe.

Debería irme. Habla de química y de destino y yo sé que es todo mentira. Bueno, mi mente lo sabe, pero hay una pequeña parte de mi corazón que se lo traga como si fuera agua y yo me muriera de sed.

Le paso mi teléfono, baja la mirada para teclear el número y me siento como si el sol se hubiera escondido detrás del Empire State Building: la sala ha pasado de la primavera al invierno en un abrir y cerrar de ojos.

¿Me habrá echado algo en la copa? Porque me siento como si me hubiera embrujado y ni siquiera sé su nombre.

—Leo Hart —dice mientras teclea, como si respondiera a la pregunta que acabo de hacerme para mis adentros—. Cuando acabe la noche espero haberte convencido de que me llames... Mística.

—¿Quieres que te llame «Mística»? —pregunto.

—Quiero que me llames Leo —replica, mirándome a los ojos.

Hablamos como si nos hubieran marcado un límite de tiempo y tuviéramos que aprenderlo todo el uno del otro antes de medianoche o se rompería el hechizo.

—Tengo que ir al baño —anuncio por fin. He intentado posponerlo todo lo posible, pero no voy a hacerme pis delante de él.

Me cae bien. No recuerdo haber sentido nunca tanta química con un hombre después de un par de horas, así que necesito cambiar de marcha, dar un paso atrás y ver si me sigue gustando después de cinco minutos de descanso.

—¿De verdad? —pregunta—. ¿Debo esperarte o solo estás siendo educada e intentando deshacerte de mí?

—De verdad —río. Tengo que tomarme un momento, pero hay algo en esta química, en este supuesto destino, que quiero seguir explorando.

—De acuerdo. Bueno, solo voy a esperar aquí, en este punto exacto, durante unas cuatro o cinco horas, así que no tardes mucho.

Suelto una carcajada y me voy al baño. Delante de mí, en la cola, hay un chico que apenas aparenta doce años, y me doy cuenta de que está intentando averiguar quién se supone que soy. No deja de mirarme, y yo jugueteo con el cinturón para darle una pista, pero no la pilla, como sí ha hecho Leo Hart.

Tardo unos diez minutos en volver al lugar donde Leo y yo explorábamos nuestro posible destino, pero no lo veo por ninguna parte.

Maldita sea.

A ver, que sé que bromeaba cuando dijo que me esperaba horas, pero contaba con que me diera al menos unos minutos. Me pregunto si habrá aprovechado para ir a buscar otra copa o si habrá ido al baño, e intento mirar con disimulo a ver si lo encuentro, aunque en mi caso es complicado hacer algo sin llamar la atención. Veo a Sophia en una esquina con un tío, y parecen a punto de besarse, así que, aunque no sea el chico de su trabajo, imagino que lo está pasando muy bien.

Y por fin encuentro a Leo; se está riendo y no puedo evitar sonreír, pero entonces veo con quién está hablando: es una hermosa mujer morena, más Jean Grey que Mística. Tiene un aspecto impecable, lleva un corte de pelo precioso y los labios pintados de rojo. Es la clase de mujer que, aunque no me hubiera disfrazado, me habría hecho sentirme como una mutante azul.

Él le dice algo, ella asiente y él le pasa el teléfono. La mujer teclea en él y se me hace un nudo en el estómago. De pronto, la conversación entre nosotros, tan ágil y emocionante, se convierte en plomo en mis entrañas.

Soy idiota.

Leo Hart no es más que un tío en una fiesta que intentaba ligar hablando del destino, y yo me lo he tragado. Apuesto que esta noche sale de aquí con una docena de números. Es la clase de tío que no se compromete porque cada noche tiene en la cama a una mujer distinta, la clase de hombre que estoy decidida a evitar, a que no forme parte de mi destino.

Interrumpo a Sophia —que casi está follando con el que debe de ser su compañero de trabajo— y le digo que no me encuentro bien. Se ofrece a acompañarme, pero prefiero estar sola. Quiero irme a casa y deshacerme de todo este maquillaje azul y del recuerdo de mi conversación con Leo Hart.

Se acabó: los hombres siempre me decepcionan, y no puedo seguir esperando que uno de ellos sea diferente. Esta noche he aprendido la lección una vez más, y, mientras voy hacia la puerta, me juro que será la última.

1

DOS AÑOS DESPUÉS...

LEO

Me río con tantas ganas que casi no respondo a la llamada que llevo esperando desde que empecé mi carrera. No reconozco el número, pero algo me hace aceptarla y apartarme de la mesa donde estaba sentado con mis cinco mejores amigos.

—Tengo que cogerlo —explico, aunque me ignoran. Me alejo unos pasos, pero no salgo del salón privado que Worth ha reservado para cenar esta noche.

—Leo Hart —digo; una camarera pasa a mi lado llevando los entrantes; es guapa: rubia, bajita, con los labios pintados de rojo y un culo estupendo. Tomo una rápida nota mental para acordarme de buscarla más tarde y ver si quiere tomar algo esta noche. Y por «tomar algo» me refiero a ir a mi casa y desnudarnos.

—Soy Jonathan, de *Property International* —dice una voz al otro lado del teléfono. *Property International* es una revista especializada en el sector inmobiliario, y Jonathan es su editor desde hace mucho tiempo. Me han hecho algunas entrevistas, pero no suelen llamarme muy a menudo.

—Hola, Jonathan —le digo, sonriéndole a la camarera. Ella corresponde a mi sonrisa y el brillo de sus ojos me dice

que sé qué, o mejor dicho, con quién, me voy a encontrar más tarde—. Ha pasado mucho tiempo. ¿Qué tal te va?

—Voy a ir al grano. Sé que eres un hombre ocupado. Como sabes, los premios anuales de *Property International* son el mes que viene. —Mi mente se pone a trabajar a toda máquina: va a decirme que estoy nominado a promotor del año porque siempre estoy nominado para Promotor del Año, y lo he ganado más veces de las que lo he perdido.

—Sí, es la temporada de premios —respondo, riendo entre dientes.

—Vamos a darte un premio al promotor de la década, y quería avisarte con tiempo para que prepares el discurso.

Me quedo sin aliento unos segundos y me obligo a calmarme.

—¡Vaya! —exclamo—. ¿Es algo nuevo? No recuerdo que hayáis dado nunca un premio al promotor de la década...

—Hace diez años no eras nadie.

Es verdad. Hace diez años compraba y vendía apartamentos de un dormitorio en Nueva Jersey. La vida cambia mucho cuando tienes a tus espaldas cierta experiencia y unas cuantas decisiones arriesgadas que dieron sus frutos.

—Bueno, pues es un honor. ¿Cuándo es la ceremonia?

—En octubre —responde Jonathan—. Será en el Plaza, y confiamos en agotar las seiscientas entradas. Tenemos un nuevo patrocinador que está haciendo mucha publicidad entre sus contactos.

Por supuesto, el anuncio del premio viene acompañado de un no tan sutil argumento de venta. La entrega de premios es una fuente de ingresos para la revista porque todos los nominados pagarán diez mil dólares por cubierto.

—Bueno, resérvame una mesa de diez, como siempre —pido, porque siempre voy acompañado de los miembros de mi equipo.

—Estupendo —celebra Jonathan—. Y enhorabuena. Estás haciendo cosas increíbles.

—Eeeh..., gracias. —¿Qué otra cosa puedo hacer ante un elogio como ese? Llevo casi veinte años viviendo en Estados Unidos, pero el británico que habita en mí sigue sin aceptar un cumplido. Sé que soy bueno en lo que hago, que partí de la nada y ahora domino el desarrollo inmobiliario de Manhattan, pero todavía no sé cómo reaccionar cuando alguien me halaga.

Colgamos y regreso a la mesa.

—¿Va todo bien? —pregunta Bennett, que está sentado a mi lado.

—Sí, era el tío que organiza los premios del sector inmobiliario. Me ha llamado para decirme que me van a conceder el premio al promotor de la década.

Bennett me da unas palmaditas en la espalda.

—Felicidades, tío.

—Desde luego, el de hotelero de la década no lo vas a ganar, que Bennet nos está dejando en ridículo a todos —comenta Fisher, que está a mi otro lado.

—Estuvo viviendo en el puto hotel durante meses —interviene Jack—. Todavía no hemos discutido si eso infringe las normas.

Me río para mis adentros al ver la poca importancia que mis amigos le dan al premio. Es extrañamente reconfortante saber que nada de lo que hagamos dejará a los demás boquiabiertos. Todos estamos al mismo nivel: no nos doramos la píldora, no nos adulamos y no nos mentimos.

Los seis nos conocimos en la facultad de Empresariales, donde, como parte de un proyecto de grupo, creamos una aplicación para repartir a domicilio medicamentos con receta. Ganamos una fortuna y yo pasé de vender apartamentos minúsculos en Nueva Jersey a construir rascacielos en

Manhattan. Cuando la vendimos, todos compramos un hotel como negocio secundario para competir entre nosotros y mantenernos unidos.

El problema es que el hotel de Bennett ha sido el mejor durante los últimos años, así que debería cambiar al director del mío, que es mayor y está quemado. Lo que ocurre es que es un tío de fiar, y ahora mismo estoy demasiado ocupado como para perder un tiempo precioso supervisando a alguien nuevo y que puede suponer un riesgo. Ya lo haré cuando pueda.

—Eso es genial —dice Worth—. Enhorabuena.

—Gracias —respondo.

—¿Vas a ir con alguna mujer? —pregunta Bennet.

Sé que está poco preocupado por mí desde que la última mujer con la que salí resultó no ser quien decía ser, pero ya lo he superado de sobra: si algo no me falta, es compañía femenina.

—No, es un tema de trabajo. Iré con mi equipo. —No añadido que lo más probable es que no salga solo del evento.

—¿Qué pasa? —pregunta Byron, que ha estado ocupado al teléfono—. ¿Qué me he perdido?

—A Leo le van a dar el premio al promotor de la década en el evento de *Property International* —explica Bennett.

—Leo —masculla Byron con tono ofendido—. Di la verdad, ¿creaste tú esos premios?

—Eres un puñetero payaso, Byron —respondo—. Deberías dejar tu trabajo e irte de gira.

—Parece real —comenta Jack, mostrándonos en el teléfono la página web de los premios—. Vaya, el patrocinador es Hammonds. —Me mira de soslayo y yo intento ignorar el escalofrío que me recorre el cuerpo cada vez que oigo ese nombre.

¿Hammonds es el nuevo patrocinador? ¿Por qué? Frank Hammond nunca gasta dinero en esas cosas: es un tacaño. Relajo los músculos de la mandíbula y me encojo de hombros.

—De vez en cuando intentan hacerse con mi negocio —explico.

—Y te da la risa, ¿no? —pregunta Jack.

Sacudo la cabeza.

—Disfruto con sus esfuerzos baldíos.

Bennett suelta una carcajada.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Fisher—. No pillo el chiste.

—Bueno, no es la primera vez —bromea Bennett—. Pero no hay ningún chiste.

Jack le da un codazo a Fisher, pero él no capta la indirecta de que debe callarse para no herir mis sentimientos. Pero me da igual: ha pasado mucho tiempo y no hace falta andar pisando huevos.

—Hammonds es la inmobiliaria del padre de Caroline Hammond —le explico a Fisher.

—¡Ah! —exclama Fisher—. Lo siento, tío, no he sumado dos y dos.

—No pasa nada.

—No tendrás que tratar con ellos, ¿verdad? —pregunta Bennett.

Sacudo la cabeza.

—No, solo son los patrocinadores. Y, de todos modos, me encuentro con el señor Hammond de vez en cuando y no tiene ni idea de quién soy. —O quizá sí y le gusta fingir que no lo sabe. Aunque salí dos años con su hija, nunca nos presentaron oficialmente.

—¿En serio? —se sorprende Bennett—. ¿Nunca te has sentido tentado de decírselo?

Lo medito un instante.

—No. Prefiero que me considere solo un promotor con el que él o su empresa podrían hacer negocios en algún momento. Me gusta que me haga la pelota. No es nada sutil.

—La venganza definitiva —sonríe Fisher.

En realidad, no funciona como venganza porque no logro satisfacción alguna en ponerme por encima de ese hombre. A pesar de que salí con su hija durante casi dos años, no llegué a conocerlo cuando era más joven. Lo más cerca que estuvimos de encontrarnos cara a cara fue cuando mandé a la mierda al tipo que me envió para ofrecerme dinero en su nombre por salir de la vida de su hija.

Ahora, siempre que lo veo siento la tentación de darle un puñetazo, pero sé que no iba a conseguir nada con eso, y que solo iba a demostrar que sigo siendo el mismo inútil que él pensaba que era, y de eso nada. Nunca lo he sido. Era mejor que Frank Hammond entonces, y soy mejor que él ahora.

Y su hija nunca fue digna de mí.

2

JULES

Si me gustara apostar, diría que, cuando la gente piensa en las diez películas que les han cambiado la vida, *Pretty Woman* no está entre ellas, pero para mí es la única de la lista.

He visto mil veces la escena en la que Vivian se describe a sí misma como un imán para los fracasados. Nunca nada me había impactado tanto. Vi la película a los veinticinco años e inmediatamente dejé a mi novio, con el que había roto y vuelto una y otra vez, que ya era poco más que mi follamigo.

La diferencia entre Vivian y yo es que yo no soy un imán para los fracasados: soy un imán para los gilipollas. Muéstreme a un tipo que sea demasiado guapo para su propio bien, que tenga serios problemas con el compromiso y al que le resulte imposible ser fiel y ahí estaré yo, moviendo la cola como un perro desesperado por que le rasquen detrás de las orejas.

Por otro lado, si eres un chico dulce, amable y fiel, iré encantada a un par de citas contigo, pero todo se irá al traste cuando me retires la silla o insistas en pagar la cuenta.

Soy un desastre.

Estoy convencida de que lo mío no tiene arreglo, así que me he resignado a una vida de celibato, o algo así. Quizá «celibato» no es la palabra exacta: me va bien con el sexo, me

gusta el sexo, pero ¿el compromiso? No. Es oficial: no me interesa.

Y todo eso debería hacer que trabajar para Leo Hart fuera mucho más fácil de lo que es en realidad porque, aunque no esté buscando una pareja, un compañero o un novio —ni por error—, Leo sigue siendo tan atractivo como cuando lo conocí en la fiesta; sigue siendo deslumbrante; sigue siendo muy fácil dejarse atraer hacia su órbita si no estoy en alerta máxima en todo momento.

No se acuerda de mí y no tiene ni idea de que, por su culpa, el día después de la fiesta lo pasé tirada en el sofá viendo *Pretty Woman*. Ese día llegué a la conclusión de que, hasta que no me desmagnetice de los imbéciles, no me interesan las citas.

En el fondo debería darle gracias a Dios por que no me reconozca, porque, de ser así, no habría conseguido este trabajo. Y el puesto como asistente administrativa de Leo es lo que necesito para poder optar al trabajo que quiero de verdad.

Mi teléfono vibra en el bolso y compruebo al momento que es un mensaje de mi madre para decirme que me quiere. Me manda el mismo mensaje todos los días desde que tengo móvil. Sabe que, si estoy en el trabajo, no voy a responder, pero ella lo envía de todos modos: es un recordatorio de que no debo perder de vista mi objetivo. Como ella, me he pasado la última década trabajando en hoteles; empecé limpiando habitaciones en hoteles de cinco estrellas, como ella, y fui ascendiendo hasta llegar a subdirectora antes de trasladarme a eventos y más tarde a recepción, donde acabé dirigiendo el equipo. He trabajado de conserje, de camarera, detrás de una barra. No hay ninguna faceta del oficio que no me guste, ningún aspecto del negocio que no haya estudiado de cerca y en persona. Lo he visto todo, y por eso sé que el Mayfair va a irse a pique si no sustituyen al director.

Tras investigar un poco, descubrí que Leo era el dueño. En cuanto superé el *shock* inicial al enterarme de que el tío del que necesitaba algo era el mismo que me había dejado plantada dos años atrás, ignoré mi ego herido y me puse manos a la obra. Intenté en numerosas ocasiones entrar en contacto con él para que me diera el cargo de directora del Mayfair. Le envié mi currículum por correo —tanto de forma física como digital—, lo llamé por teléfono e incluso me presenté en su despacho para dárselo en persona. Bueno, en persona no, porque los de seguridad no me dejaron pasar al vestíbulo, pero sí conseguí que lo metieran en un sobre de correo interno y se lo pasaran a un mensajero, así que también cuenta. Pero todavía no he recibido respuesta, y lo entiendo: ni siquiera he ido a la universidad y no tengo experiencia dirigiendo un hotel de cinco estrellas, pero sé que puedo hacerlo bien.

Como necesitaba otra forma de llamar la atención de Leo, solicité el puesto de ayudante y superé con éxito la entrevista. Mi plan es trabajar duro, ganarme la confianza de Leo y luego decirle a la cara que tiene que contratarme como nueva directora del Mayfair.

Aún estoy en la fase uno de mi plan: demostrar que soy digna de confianza y que estoy capacitada.

—¡Jules! —grita el hombre en cuestión desde su despacho. Pongo los ojos en blanco, pero me levanto y cojo el teléfono. Estoy a punto de rodear la mesa e ir hasta su mesa cuando él aparece en la puerta con pinta de acabar de levantarse de la cama: está despeinado y lleva la camisa arrugada. Me invaden unas ganas locas de acurrucarme contra su pecho.

Joder. Lo odio. Y odio encontrarlo tan atractivo.

No pierdas de vista objetivo, Jules; la vista en el objetivo.

—¿Sabes algo sobre Hammonds? —pregunta.

—¿La inmobiliaria? Nunca tratas con ellos. ¿Estás esperando una llamada suya?

Sacude la cabeza.

—Me van a conceder el premio al promotor de la década en los PI Awards y ellos lo patrocinan. Eso me recuerda... ¿Puedes llamar a Property International y reservar una mesa? Ya decidiré después quién va a ir.

—Una mesa para la entrega de premios. Entendido —re-pito. Leo tiene la costumbre de dar solo la mitad de la información que necesito para cualquier cosa que me pide, pero ya hace meses que trabajo para él y ya me he acostumbrado—. Hay nueve plazas para los miembros del equipo. Hazme saber quién quieres que asista y yo se lo comunicaré.

—Son ocho —me corrige—. Porque tú ya estás en la lista. —Me dedica una sonrisa que hace que mis entrañas se derritan como un bol de helado abandonado al sol. Desvío la vista para fingir que no me afecta en absoluto.

Sé que cree que está siendo un buen jefe al invitarme a una entrega de premios, pero se equivoca: lo último que quiero es estar cerca de Leo Hart llevando tacones y un vestido ceñido, y, desde luego, no quiero verlo con esmoquin. Ya es bastante difícil tratar con él en el día a día: si los dos vamos vestidos de punta en blanco, ni en broma puedo garantizar que no vaya a hacer algo tan embarazoso como abalanzarme sobre él. Puedo soportarlo en la oficina porque los dos mantenemos la relación en el plano profesional y no nos permitimos ni el más mínimo coqueteo. Además, cuando estoy sentada tras mi mesa, siempre tengo presente el trabajo que deseo. Pero ¿fuera de la oficina? No me atrevo ni a pensarlo.

Valoro mucho —y, a la vez, me molesta— que Leo sea tan profesional como para no flirtear conmigo. Del mismo modo que yo estoy predispuesta a sentirme atraída por hom-

bres como él —seductores, vividores, mujeriegos—, él está predispuesto a flirtear, a seducir a las mujeres, a hacer que se sientan especiales, a conseguir que lo deseen. Coquetear es el superpoder de Leo Hart, incluso cuando no es él quien lleva el disfraz de superhéroe.

Es bueno que ni siquiera me mire. Sí, a veces es un golpe para mi ego, pero así es como debe ser. Si quiero conservar este trabajo —al menos hasta que consiga el que deseo de verdad—, debo ser una pieza —no sexualizada— en el engranaje de la vida profesional de Leo. Como una silla de escritorio con un corazón que late o una agenda con una mente tan afilada como un cuchillo.

—Entonces, ¿ahí no dice nada sobre Hammonds? —Leo señala con la cabeza el ejemplar de *Property International* que tengo abierto sobre la mesa.

No me interesa la promoción inmobiliaria, pero necesito que Leo vea lo buena que soy en mi trabajo, así que siempre ojeo la revista para estar al día de las noticias del sector.

—Me ha llegado esta mañana, así que aún no he podido leerla entera. —No tengo ni idea de por qué envían un ejemplar impreso si ya recibo la copia digital.

Leo le echa un vistazo a la revista y se acerca a mi mesa, llevando consigo su aroma a leña quemada y hierba recién cortada, incongruente con nuestra ubicación en el centro de Manhattan. Estoy convencida de que puede encontrar toda la información en internet, así que ¿para qué se acerca tanto?

—¿Has hecho una búsqueda *online*? —pregunto, rezando para que esa sugerencia haga que regrese al despacho, pero no: se queda junto a mi escritorio, hojeando la revista.

—Ni siquiera sé lo que estoy buscando —responde, como si fuera la cosa más normal del mundo—. Pero tengo la intuición de que aquí pasa algo...

—Ah. —Miro la página que está a punto de pasar—. Los premios. —En las páginas centrales hay un artículo sobre la entrega de premios. El nombre de Leo aparece bajo la leyenda «*PROMOTOR DE LA DÉCADA*», con el logotipo de Hammonds en primer plano.

—¿Estás seguro de que los premios siempre los patrocina alguien distinto? —pregunto.

—Sí, pero nunca es Hammonds porque son demasiado baratos.

—¿Eso importa?

Pasa la página y retrocede un paso. Sigo la dirección de su mirada, pero solo se trata de un artículo sobre la dimisión del CEO de Hammonds.

—¿Puedes leerlo? —pregunta, metiéndose las manos en los bolsillos, y se pone a pasearse frente a mi mesa.

Cojo la revista y miro hacia Leo, que parece a punto de tener un ataque de nervios. Nunca lo había visto así: siempre se comporta de forma encantadora e imperturbable, siempre mantiene el control.

—«El director general de Hammonds dimite» —leo el titular. Hago una pausa, Leo levanta la vista y continúo—: «Frank Hammond cede el testigo en la dirección de la empresa que fundó en 1984. Grant Boden, su yerno, se trasladará a Nueva York desde California, donde dirige la oficina de la Costa Oeste, para tomar el relevo. Boden está casado con la hija mayor de Hammond, Caroline Hammond. Grant lleva trabajando para Hammonds desde...».

No llego a terminar la frase: Leo regresa a su despacho y cierra la puerta.

¿Grant Boden es un rival? ¿Un archienemigo? ¿Se trata de una guerra abierta en el sector inmobiliario?

Leo el resto del artículo, pero no me aclara nada. Habla de que Hammonds es una parte vital de la industria y de

cómo ha llevado a cabo un montón de operaciones exitosas. No sé por qué iba a interesarle a nadie, pero, al parecer, al imbécil —y demasiado atractivo— de mi jefe sí le importa, lo que significa que a mí también. Tengo que resolver el problema que esto le supone a Leo, pero, claro, antes debería averiguar cuál es en realidad.